

Reflexiones sobre la crisis global de nuestros días

*Manuel Ángeles
Alba E. Gámez
Antonina Ivanova**

Resumen

El artículo explica el desarrollo de la crisis estadounidense, ahora global, desde el desplome inmobiliario y la restricción crediticia iniciada en agosto de 2007 hasta la franca recesión de 2008. Primero discute las diversas percepciones y explicaciones de la crisis: liquidez, insolvencia bancaria o fracaso sistémico; y algunas soluciones que desde estas perspectivas han sido implementadas. Después analiza las justificaciones teóricas de la desregulación, como la tendencia natural al equilibrio del mercado. Finalmente visualiza la crisis desde un enfoque de largo plazo, fundamentado en aplicar la teoría de las ondas largas del capitalismo, de manera crítica pero también propositiva.

Palabras clave: crisis estadounidense, desplome inmobiliario, restricción crediticia, sistema financiero

Abstract

This article describes the development of the American crisis that is now global, starting with the property loans crisis, the credit restrictions in 2007 and the deep recession in 2008. First, we discuss the perceptions and explanations of the crisis –liquidity, bank insolvency or systemic failure–; and then we discuss some solutions implemented. We continue analyzing the theoretical justifications for de-regularization, as the natural tendency to reach market equilibrium. And finally, we view the crisis from a long-term perspective, applying the theory of long-waves capitalism, from a critical but also positive way.

Key words: American crisis, property loans crisis, credit restrictions, financial system



IZTAPALAPA
Agua sobre lajas

* Profesores-investigadores del Departamento de Economía de la Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz, BCS, México
manan@uabcs.mx
agamez@uabcs.mx
aivanova@uabcs.mx
respectivamente

FECHA DE RECEPCIÓN 15/01/10, FECHA DE ACEPTACIÓN 25/05/10

IZTAPALAPA REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
NÚM. 70 • AÑO 32 • ENERO-JUNIO DE 2011 • PP. 107-124

Introducción

El presente trabajo parte de una explicación detallada del desarrollo de la crisis estadounidense, ahora global, desde el desplome inmobiliario y la restricción crediticia iniciada en agosto de 2007 hasta la franca recesión de 2008. En la primera parte se discuten diversas percepciones y explicaciones de la crisis: liquidez, insolvencia bancaria o fracaso sistémico; en paralelo, se presentan explicaciones de corto y mediano plazos, así como algunas soluciones que desde estas perspectivas han sido puestas en marcha. En el segundo apartado se analizan las justificaciones teóricas de la desregulación, es decir, el convencimiento por la tendencia natural al equilibrio del mercado; en particular, se busca presentar el argumento neoliberal de que ésta es esencial para la eficiencia en la asignación de recursos. Enseguida se argumenta lo contrario; se señala que el proceso de desregulación alteró la distribución del ingreso en favor de las grandes corporaciones y los grupos de más altos ingresos, lo cual condujo a un desequilibrio basado en una mayor dependencia de la economía “real” de la financiera. Además, se cuestiona que la libertad de mercado irrestricta sea en efecto eficiente en el sentido de maximizar el agregado de los ingresos individuales; así como la conveniencia de utilizar la maximización del ingreso como el criterio de eficiencia. En la parte final se visualiza la crisis desde una perspectiva de largo plazo, fundamentada en una aplicación de la teoría de las ondas largas del capitalismo, de manera crítica pero también propositiva.

A nadie debería haber sorprendido el derrumbe del sistema financiero estadounidense, evidenciado en 2008; ciertamente no al desconcertado Alan Greenspan, anterior presidente de la Reserva Federal (el Banco Central) de Estados Unidos, quien fomentó la laxitud de la política monetaria de ese país. Desde hace varios años la revista inglesa *The Economist* (2008) venía alertando sobre la burbuja especulativa en el sector inmobiliario y el de “derivados” financieros, cuya explosión, en palabras del propio Greenspan, se ha convertido en “un tsunami

crediticio que ocurre una vez en un siglo” (*Voice of America*, 2008).¹ El tsunami es también resultado de la desregulación tipo *laissez-faire* de los mercados financieros, a su vez congruente con el *ethos* neoliberal de las tres décadas pasadas, cuando (casi) todos los economistas ensalzaban ese proceso.

Las perspectivas en Estados Unidos han sido sombrías, como lo son igualmente sus implicaciones para el resto de la economía mundial. Estados Unidos, Japón y Europa están en recesión, y expertos como los reunidos en el Coloquio Internacional sobre la Crisis y América Latina² advierten que, para esa región, las consecuencias serán graves y duraderas. Aún más, el Banco Mundial estima que el número de desempleados aumentará en 3 millones (comparado con un incremento de 2.5 millones en Europa y 4.5 millones en Estados Unidos). Lo anterior ocurre no sólo ante la erosión de las fronteras nacionales en asuntos financieros y el subsecuente contagio de las crisis, sino también por la reducción del consumo y la inversión, la generación de desempleo rampante a lo largo del planeta y el riesgo de que aumenten las tendencias al proteccionismo de los países desarrollados, en un contexto de inestabilidad y debilidad económica extrema en el nivel global.

Para los países en desarrollo, el efecto de la crisis ha sido demoledor. De acuerdo con datos recientes del Banco Mundial, 94 de 116 países en esa condición han sido afectados. Incluso en las llamadas economías emergentes, las proyecciones de crecimiento se desvanecen toda vez que los flujos de capital neto, basamento principal de su crecimiento orientado a la exportación, han caído 17 por ciento con relación a 2007. Asimismo, la disminución de la demanda de los países desarrollados ha reducido el comercio mundial con adversas consecuencias para naciones como India –destacada como ejemplo de los beneficios de la globalización–, donde el último trimestre de 2008 se perdió más de medio millón de empleos (*The World Bank*, 2009). En medio de este panorama, se acrecientan las dudas respecto a que el sistema monetario internacional sea capaz de atender las demandas de liquidez de los gobiernos no sólo de los países en desarrollo sino de algunos considerados desarrollados.

¹ Con mucha anterioridad, tanto Marx como Keynes (1936) habían advertido sobre la inestabilidad intrínseca de la economía capitalista.

² Celebrado en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, del 19 al 21 de enero de 2009.

La naturaleza de la crisis en el corto y mediano plazos

A pesar de las advertencias mencionadas en la parte introductoria de este trabajo, las autoridades fueron sorprendidas no por la existencia misma de la crisis, sino por su severidad y su veloz desarrollo. En un principio, el fenómeno fue visto como un problema de liquidez de los bancos hipotecarios y de inversiones, y éste pareció ser el enfoque del expresidente George W. Bush cuando, hacia finales de su mandato, presentó al Congreso de su país el plan de salvamento bancario de 700 mil millones de dólares, a la postre autorizado pero universalmente visto como una medida insuficiente. La postura de la administración Bush ante la debacle financiera se hizo más que evidente cuando en la reunión del G20 en Washington, en noviembre de 2008, exhortó a la concurrencia a “preservar nuestro sistema de libre empresa”, es decir, a evitar la intervención pública en materia financiera y económica más allá del necesario rescate bancario. Similar actitud mostró Josef Ackerman, presidente del Deutsche Bank, quien luego de señalar que la falta de liquidez era el principal problema a tratar, afirmó que aunque “la industria financiera tiene tanta responsabilidad por la crisis, como la tienen los errores macroeconómicos y las políticas regulatorias [...] la reversión hacia mercados bancarios basados en cada nación (*nation-based*) y sobrerregulados no es la respuesta [...] lo que se necesita es mayor resiliencia por la vía de una mayor sofisticación de los participantes en el mercado” (Ackerman, 2008: 50).

Un segundo enfoque fue visualizar la crisis ya no como un problema de liquidez, sino como uno de insolvencia del sistema financiero. Éste es, al parecer, el adoptado por el gobierno británico en los casos de la nacionalización del Northern Rock, el Hamilton Bank of Scotland y el Royal Bank of Scotland, así como por el gobierno alemán respecto al Commerzbank. Estados Unidos actuó de forma similar con relación a las gigantescas hipotecarias Fannie Mae y Freddie Mac. El gobierno de Islandia se declaró en bancarrota debido a la precariedad de sus bancos, y otras economías están en riesgo, principalmente en Europa oriental.

Una tercera forma de percibir la situación financiera actual es como resultado de una crisis de tipo Minsky, causada por la inestabilidad inherente del sistema, que oscila de manera recurrente pero imprevisible entre el optimismo desenfrenado y el más hondo pesimismo, o entre la euforia y el pánico (Cassidy, 2008; Nadal, 2008).

Finalmente, la crisis es vista como una profunda recesión global, sea una repetición en mucho mayor escala de las crisis de 1997-1998 de Asia del Este, o del estancamiento japonés desde principios de los noventa, o bien una crisis sistémica

de mayor profundidad y duración. En cualquier caso, queda en evidencia que Estados Unidos mantiene el poder de trastornar la economía mundial, facultad que ha tenido desde los años veinte del siglo pasado: si bien al inicio del colapso financiero se pensó que las economías “emergentes” podrían seguir creciendo a pesar de la recesión de los países desarrollados, esta esperanza ha demostrado ser una quimera.³

La crisis también puede visualizarse en términos de la temporalidad, esto es, en el corto, mediano y largo plazos. En el corto plazo, ésta surge como resultado del colapso del mercado de las hipotecas *subprime* a mediados de 2007, y del subsiguiente derrumbe del mercado de derivados, situación que se agrava y profundiza por los fracasos de Bear Stearns, Lehman Brothers, Fannie Mae, Freddie Mac, AIG, y pérdidas multimillonarias en Citibank, Bank of America, Santander, BBVA y muchos más. A esto hay que agregar la megaestafa de Bernard Madoff y el publicitado fraude de la inversora Allen Stanford, especializada en paraísos fiscales.

En el corto plazo, planteamos el siguiente conjunto de elementos como causas de la crisis:

- ♦ La casi total desregulación financiera que acompañó a la globalización de los pasados 30 años, aunada a la irresponsabilidad de la banca (tanto comercial como de inversión), su colusión con las empresas “evaluadoras de riesgo” y la ausencia de supervisión por parte de las autoridades
- ♦ La laxitud de la política monetaria, en especial en Estados Unidos, durante la larga estancia en el Sistema de la Reserva Federal (la FED, el Banco Central) del ya mencionado Alan Greenspan, quien desoyó los frecuentes llamados de atención sobre la peligrosidad de la burbuja especulativa inmobiliaria
- ♦ El consumismo del modelo económico de (principalmente) Estados Unidos y la vertical caída del ahorro en ese país, fomentada primero por la burbuja de las empresas *punto com* (1996-2000) y luego por los efectos

³ En 2009, *Der Spiegel* informaba de las caídas en las bolsas de valores de Nueva York (34%), São Paulo (41%), Moscú (73%), Tokio (42%), Fráncfort (40%), Shanghai (65%). *Der Spiegel* resume su apreciación de esos acontecimientos afirmando que nunca antes en los derrumbes del ciclo económico global se había dado una sincronización tan grande a la baja. Según la revista, “la crisis actual afecta a los trabajadores migrantes de China y a los trabajadores automotrices en Detroit, a los oligarcas rusos, y a la empresa alemana BASL”. Los pronósticos de crecimiento para 2009 son: China, 5%; Brasil, 2.5%; Rusia, 2.4%; Estados Unidos, -1.3%, y Alemania, -2.2% (*Der Spiegel*, 2009: 48-63).

conjuntos de la política monetaria, el alza del valor de los bienes raíces y las prácticas crediticias del sistema bancario

- El “exceso de ahorro” de Japón, Rusia, China y los países árabes que financiaron el doble déficit (fiscal y comercial) de Estados Unidos, a niveles de casi un billón y medio de dólares anuales de 2001 en adelante
- El riesgo moral, por las garantías que explícita o implícitamente otorgaron los gobiernos a los bancos, que les permitió operar con sólo una cuarta parte del capital acostumbrado, en relación con la cartera
- Las innovaciones financieras, tales como derivados, fondos de cobertura y *credit default swaps*, así como esquemas piramidales tipo Ponzi, y la codicia y el fraude, representados, por ejemplo, por el actor Michael Douglas en la película *Wall Street* (“*greed works; greed is good*”) y, en la vida real, por Bernard Madoff y Allen Stanford (*inter alia*)

Aunque en lo anterior está implícito un total convencimiento de la capacidad (y voluntad) autorregulatoria del sistema financiero (y económico), la situación imperante desde octubre de 2008 hizo obligado preguntar: ¿en el corto plazo, qué hacer? Una respuesta fue “revivir a Keynes” de alguna manera (no necesariamente keynesiana, en varios casos). Dependiendo de la interpretación que se hiciera de la crisis, como se apuntó párrafos atrás, esta resurrección se planteó de diferentes formas:

1. Rescates tipo Fondo Bancario de Protección al Ahorro (Fobaproa), es decir, desembolsos públicos al sistema bancario sin obligación de repago, como ocurrió en México a mediados de los noventa
2. La compra (generalmente no transparente) de los “activos tóxicos” de los bancos realizada por la FED en cantidades que rebasan el billón (millones de millones) de dólares a partir de octubre de 2008
3. La nacionalización o seminacionalización de la banca, ya mencionada
4. Programas de protección de los deudores hipotecarios
5. Programas de inversión (en infraestructura, etcétera) y de generación de empleo y fomento del consumo

La naturaleza keynesiana (o no) de estos planteamientos puede evaluarse si recordamos algunas lecciones de la *Teoría general*.⁴ Tal vez la más socorrida en

⁴ Además de la *Teoría general*, Shackle y Sharman (1967), Moggridge (1976) y Robinson (1971) siguen siendo referencias esenciales. Una introducción a la crítica poskeynesiana de la economía ortodoxa

estos meses ha sido la de que, en condiciones de deficiencia de demanda agregada, el gobierno debe generar empleo para “cavar hoyos para volver a llenarlos” como alternativa preferible al desempleo. Pero más importante es que Keynes abogaba por una política de ninguna forma contemplada en estos días: la socialización de la inversión, que se justificaba por dos razones fundamentales: *a*) la “naturaleza de casino” de la economía capitalista,⁵ ampliamente demostrada –otra vez– en años recientes, y *b*) la incertidumbre intrínseca al sistema, que hace depender la inversión de los “espíritus animales” de los capitalistas. En este sentido, Stiglitz (2007) opina que, antes de que se gestara la crisis, Estados Unidos debió haber hecho exactamente lo opuesto de lo que hizo durante la administración Bush: evitar el consumo excesivo, fomentar el ahorro (hasta alrededor de cuatro por ciento del producto interno bruto, PIB), incrementar los impuestos a los grupos de mayores ingresos, eliminar los subsidios corporativos (*corporate welfare*), fortalecer las redes de seguridad social e invertir en educación, salud, infraestructura y tecnología (Stiglitz, 2007; Brooks, 2008).

Tampoco está de más subrayar que, de acuerdo con estimaciones de Stiglitz, el costo de los “excesos” de Bush (la nueva deuda más las obligaciones acumuladas, incluyendo los tres billones de la guerra de Irak) rebasó los diez billones de dólares (Brooks, 2008: 24). Stiglitz igualmente predecía que las repercusiones del daño causado a la economía “se harán sentir más allá del tiempo de vida de quien ahora lea esta página” (Stiglitz, 2007), es decir, más de una generación. Asimismo,

gran parte de la economía financiera era estafa: bancos que otorgaban préstamos e hipotecas y especulaban después con esa deuda, inversiones de los llamados fondos de cobertura de riesgo que, ante la falta de regulación, simplemente eran operaciones casi ficticias; negocios de guerra donde el erario pagó miles de millones para beneficiar a empresas que no cumplían con sus tareas. Y esto es apenas lo que se conoce hasta la fecha (Brooks, 2008: 24).

En el mediano plazo, la actual es sólo la última de una serie de crisis que se han venido manifestando durante los últimos 30 años. Al ser global es mucho más

se encuentra en Kregel; y Sachs, Krugman y Stiglitz han aportado sugerencias sobre política económica desde la perspectiva heterodoxa. Sin embargo, el mejor análisis del funcionamiento de la economía capitalista moderna *real* sigue siendo el de Goodwin y Punzo (1987).

⁵ La afortunada y precisa expresión es de Keynes, y sigue siendo aplicable: en los mercados de valores, a la larga, para que alguien gane, alguien tiene que perder... aunque no necesariamente los jugadores. Puede ser el *respectable*, que paga sus impuestos.

significativa que las anteriores, pero también es similar en su origen, su razón de ser y sus consecuencias. Para rastrear esto hay que volver la mirada a la “Era Dorada” de la economía capitalista moderna, o sea, el periodo de 1945 a mediados de los setenta, aproximadamente, en el cual hubo crecimiento económico sostenido con estabilidad de precios, bajos niveles de desempleo, altos ritmos de aumento de la productividad, rápida expansión del comercio internacional y mejoras más o menos generalizadas en los niveles de ingreso y bienestar, inclusive en regiones en desarrollo, como América Latina.

Hacia mediados de los setenta, se habían conjugado factores que pondrían fin a esta favorable situación: el fortalecimiento del sesgo inflacionario en los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), debido al largo periodo de pleno empleo y sus efectos sobre el marco institucional (*i. e.* la naturaleza del movimiento sindical, el sistema de relaciones industriales y el papel de la política pública en la resolución de conflictos distributivos), y el aumento de la “densidad sindical” (el porcentaje sindicalizado de la fuerza laboral que alteró el funcionamiento de los mercados de trabajo y condujo a importantes cambios en el comportamiento de salarios y precios). Como resultado del incremento del poder económico y político de los trabajadores, se dio una tendencia alcista en los niveles de salarios y precios, que fue contenida mediante políticas de restricción de la demanda agregada dirigidas a reducir el crecimiento, aumentar el desempleo y frenar los ya crecientes desequilibrios en las balanzas de pagos. Paralelamente al incremento del nivel de salarios, se manifestó una fuerte caída en la participación de las ganancias en el ingreso nacional (la tesis de erosión de las ganancias), sobre todo en Estados Unidos y Gran Bretaña.

Como consecuencia de la restricción de la demanda agregada, se observó una fuerte reducción de las tasas de inversión y una caída del ritmo de crecimiento de la productividad del trabajo; al mismo tiempo, se incrementó la capacidad instalada ociosa, lo que fortaleció la tendencia a la baja de la tasa de ganancia. Lo anterior se dio en el marco de una fuerte crisis fiscal de los países de la OCDE, los efectos de la guerra de Vietnam y –en cuanto a los flujos de comercio– el impacto de la inconvertibilidad del dólar estadounidense decretada por Richard Nixon en 1971. El ambiente internacional era altamente inflacionario, no sólo por el comportamiento de los salarios y la productividad, sino también por el enorme incremento nominal de los precios del petróleo decretado en 1973 por la Organización de Países Exportadores de Petróleo. El aumento del precio de ese combustible derivó en una fuerte transferencia de recursos de los países de la OCDE a la organización petrolera, mismos que fueron reciclados por los bancos de la OCDE a las economías en desarrollo, notablemente a las de América Latina.

La elección de Margaret Thatcher como primera ministra de Gran Bretaña, en mayo de 1979, y el año siguiente la de Ronald Reagan a la Presidencia de Estados Unidos, dio rango de política de Estado a la reacción de las empresas, las entidades bancarias y algunos gobiernos estatales y locales. El contexto era la situación imperante de reducción de ganancias y estancamiento con inflación, resultados de las políticas de restricción de la demanda agregada, a la sazón aún incapaz de frenar las alzas en los precios. Un poco más adelante esta política (“neoliberal”), fundamentada en la no intervención del Estado en la economía, el *laissez-faire*, la apertura comercial, la liberalización de los flujos de capital, la flotación del tipo de cambio, la “flexibilización” de los mercados de trabajo y la privatización, se plasmaría en el famoso Consenso de Washington de 1988, un decálogo que sintetizaba las enseñanzas del modelo anglosajón del capitalismo para los países en desarrollo (Beddoes, 2008: 143).⁶

La primera crisis, producto de la apertura de la cuenta de capital en combinación con la ausencia de regulación efectiva, ocurrió en 1982, cuando México anunció su incapacidad para solventar su deuda extranjera. La mexicana fue la primera de una larga serie de crisis que incluyó, entre otras, la de los *Savings and Loans* estadounidenses de 1987, la de Rusia en 1991 y las de Brasil, Argentina, Tailandia, Malasia, Corea e Indonesia, así como el prácticamente permanente estancamiento de Japón en los noventa y los “errores de diciembre” en México.

En este panorama, no es posible hablar de crisis originadas únicamente en el sector financiero, pues los sectores productivos en cada caso han estado íntimamente relacionados con cada una de las enlistadas. Desde el colapso inmobiliario estadounidense de 1987 hasta el derrumbe de ese mismo sector en 2007, pasando por toda la serie de crisis enumeradas, ha habido una estrecha relación entre el sector financiero y el sector real (ciertamente con el sector inmobiliario y la construcción, por mencionar sólo un par). Por una parte, persisten los ya señalados fenómenos de inversión y capacidad excesivas, en relación con la demanda agregada; en el plano mundial, ningún sector parece estar a salvo, y “el coeficiente de capacidad instalada ociosa (el recíproco del exceso de inversión) oscila entre el 20 por ciento y un tremendo 40 por ciento, dependiendo de la industria y región” (Nadal, 2008). Las políticas de contracción de la demanda agregada, adoptadas hace 30 años como remedio contra las presiones inflacionarias,

⁶ El decálogo se constituyó por los siguientes elementos: 1) la liberalización del comercio exterior, 2) el fomento de la inversión extranjera, 3) la disciplina fiscal, 4) la reducción de los subsidios públicos, 5) la reforma fiscal, 6) la liberalización de los sistemas financieros, 7) el establecimiento de tipos de cambios “competitivos”, 8) la privatización, 9) la desregulación de la actividad económica y 10) el aseguramiento de los derechos de propiedad (*The Economist*, 2001).

necesariamente se ven fortalecidas por el estallido de la burbuja inmobiliaria estadounidense, con la consiguiente amenaza –de nuevo– a la tasa de ganancia. Esta situación, junto con la desarticulación del sistema de Bretton Woods desde 1971, es parte fundamental de la expansión del sector financiero global, pues desde los ochenta la búsqueda de ganancias especulativas sustituye la generación de utilidades en el sector real de manera creciente.

El origen geográfico de la crisis actual no fue esta vez en los países “emergentes”, pero se han visto afectados por su grado de imbricación con el núcleo de países recesivos. Sin embargo, hay una diferencia importante que se observa en la crisis actual respecto a las crisis anteriores: en esta ocasión muchos países en desarrollo (“emergentes”) contaron con importantes superávits en cuenta corriente y, por lo tanto, con multimillonarias reservas. Mediante la compra de valores gubernamentales y el reciclaje bancario, estas economías transfirieron más de un billón de dólares a la economía de Estados Unidos, incluyendo de manera significativa aquella parte de la economía estadounidense que en efecto se encuentra en el subdesarrollo, *i. e.* el mercado *subprime*, sujeto y objeto de la banca depredadora.

Visto de este modo, los actuales traumas financieros y económicos no pueden entenderse sólo en función del crédito laxo, la desregulación o la irresponsabilidad del sector financiero, si bien todo lo anterior es de crucial relevancia. Más bien, sus raíces se encuentran en la forma en que ha funcionado la economía global en la era de la desregulación y la globalización financieras: ahora debe quedar claro que *cualquier* país que reciba flujos del exterior de gran magnitud y de manera sostenida, necesariamente corre el riesgo de enfrentar una crisis, porque esos flujos aumentan la fragilidad de la economía, tanto interna como externa. Aunque difícil de digerir para algunas economías, es imperativo reformar la arquitectura financiera internacional.⁷

En los hechos, la crisis actual se relaciona directamente con la asiática de fines de los noventa, pues fue sólo a partir de entonces cuando los países “emergentes” se convirtieron en exportadores netos de capital. Este patrón se reforzó de manera significativa al haber seguido China la ruta del crecimiento basado en las exportaciones, así como por el incremento de los precios de los energéticos hasta finales de 2008.⁸ De este modo, los países de Asia del Este y los exportadores de

⁷ Llamados recientes a duplicar, o hasta triplicar, la capacidad prestataria del Fondo Monetario Internacional llevan implícitas exigencias de un mayor poder de decisión dentro del organismo por dinámicos países en desarrollo (como Brasil, Rusia, India y China), lo que significaría el inicio de la construcción de una nueva arquitectura financiera (*The Economist*, 2009a).

⁸ A finales de 2008, el balance en cuenta corriente de Rusia era de 116 mmd (6% del PIB); de China, 373 mmd (10.5%); de Japón, 176 mmd (3.8%); de Alemania, 266 mmd (6.65%); de Arabia Saudita,

petróleo (especialmente los países árabes y Rusia) ahorraron en años recientes cerca de dos por ciento del PIB mundial. Un argumento es, entonces, que el aumento del ahorro mundial llevó a una reducción de la tasa de interés de largo plazo, lo que a su vez generó una orgía de innovación financiera, endeudamiento y gasto, que finalmente derivó en crisis.

Los problemas de mediano plazo han sido vistos como posibilidades de reacomodo económico y geopolítico (Francia, Rusia, China, India, América Latina) y se ha insistido casi universalmente en la creación de un nuevo orden económico internacional que sustituya al ya rebasado Bretton Woods. Empero, no se debe perder de vista que mientras el grupo formado por Brasil, Rusia, India, China (BRIC) y los países petroleros del Golfo y la península arábigos sigan siendo consecuentes con Estados Unidos, no habrá incentivos reales para cambiar de manera fundamental el sistema imperante.

Antes de esbozar una explicación de más largo plazo, conviene hacer un breve apartado para analizar las justificaciones teóricas de la desregulación financiera.

La ortodoxia desreguladora

Un tema de análisis fundamental para entender las raíces profundas de la crisis actual es el siguiente: ¿el surgimiento de los “mercados libres” a partir de los ochenta del siglo pasado responde al triunfo de la “eficiencia” sobre la “equidad”? ¿O se trata también –acaso principalmente– de un intento de sacar provecho de las oportunidades redistributivas generadas por el entorno macroeconómico –en franco deterioro– y del conservador ambiente político que caracterizaron aquella década? Más aún, de ser válido el objetivo de lograr una mayor eficiencia en la asignación de recursos, es evidente que no fueron elegidas las opciones correctas.

Desde el punto de vista teórico, los argumentos en favor de la desregulación y el *laissez-faire* descansan sobre la hipótesis de los mercados eficientes (Davidson, 1998). De acuerdo con este esquema, el mercado es el mejor instrumento para la asignación de recursos escasos de capital y la promoción del crecimiento económico. La liberalización de los mercados financieros genera, se dice, menores costos de capital en términos reales y mayores tasas de crecimiento de la producción y la

95 mmd (30.3%); Noruega, Suecia, Suiza, Taiwán, Malasia, Singapur, Hong Kong y Venezuela también mostraron importantes superávits (*The Economist*, 2009b: 24-25).

productividad. En función de ello, conseguir el óptimo ritmo de crecimiento global de la producción y el comercio requiere un enfoque de flotación libre del tipo de cambio, plena movilidad del capital internacional y flexibilidad en los mercados de trabajo: en fin, la adopción de las políticas del Consenso de Washington. Conforme a la teoría de los mercados eficientes, los precios, incluyendo los del dinero y de los productos financieros, reflejan toda la información pertinente; cuando a esto se le une la hipótesis de las “expectativas racionales” (según la cual los actores utilizan toda la información disponible, maximizan su utilidad en todo momento y actúan de la misma forma en que lo haría el mejor modelo disponible), se sigue que tales actuaciones siempre generan el óptimo de actividad económica, ya sea desde el punto de vista nacional, sectorial o internacional. La productividad marginal se encarga de que los pagos a los factores sean equivalentes a su contribución a su producción, sin importar que se trate de factores nacionales o internacionales.

La exigencia de la “libertad del mercado” tiene raíces ideológicas bien definidas, particularmente en el ámbito financiero y respecto del mercado de trabajo. Esta convicción ideológica pudo llevarnos por caminos errados, y está claro que la fe ciega en el mercado irrestricto ocultó su gran poder de destrucción. Con todo, en su momento, los cambios en la percepción política y una débil situación macroeconómica colocaron a ciertos grupos socioeconómicos en posiciones que incrementaron fuertemente su capacidad de obtener para sí una tajada cada vez mayor del total del ingreso. De tal suerte, la distribución del ingreso fue un importante incentivo para la desregulación, mientras que el discurso en torno a una mayor eficiencia fue diseñado para lograr una más amplia aceptación del proyecto desregulador. En los hechos, en Estados Unidos, como indica Brooks, durante los pasados ocho años se realizó un drástico traslado de riqueza a los más ricos: las ganancias empresariales se elevaron 68 por ciento, en tanto que el diez por ciento más rico de la población concentró 95 por ciento de los incrementos en los ingresos, y las 15 000 familias más ricas duplicaron su ingreso anual, de 15 a 30 millones de dólares; por su parte, los ingresos semanales de los trabajadores se mantuvieron estancados (Brooks, 2008: 24).

La crisis en el largo plazo

Si se observa desde la perspectiva del largo plazo, la crisis financiera es un reflejo de una muy profunda crisis estructural de la economía real, resultado de los enormes cambios suscitados en el ámbito global por la “nueva economía”, *i. e.*, la

aglomeración de innovaciones tecnológicas conocida como el “paradigma tecnoeconómico” (Pérez, 2002: cap. 1). La solución, por tanto, va más allá de los rescates financieros tipo Fobaproa, o incluso de aquellos como los signados por la administración Obama.⁹

Según la línea de pensamiento de Pérez y sus colegas de la Unidad de Investigación en Política Científica (Science Policy Research Unit) de la Universidad de Sussex, lo que se necesita es un acuerdo efectivo en el nivel global que trate de manera seria los problemas de la reducción de la pobreza, el cambio climático y la seguridad humana. En ese sentido, la crisis actual se interpreta como un hito en la historia que rebasará por mucho las proyecciones que con más frecuencia se escuchan. Así, el continuismo del *business as usual* (luego de subsanar las carteras bancarias) y la implantación de programas de estímulos como los del gobierno de Barack Obama no sólo son insuficientes (como inmediatamente hicieron notar las bolsas de valores), sino que parten de un diagnóstico incompleto y, como tal, equivocado.

El enfoque de Pérez y el grupo de Sussex se fundamenta en el estudio de las ondas largas del capitalismo; cada una se caracteriza por alguna significativa innovación (o grupo de ellas) que conduce a un nuevo conjunto de tecnologías, infraestructuras e instituciones interrelacionadas. Echando una mirada al capitalismo a partir de mediados del siglo XVIII pueden identificarse las siguientes eras, cada una de las cuales marcó en su momento el patrón de desarrollo (principalmente) occidental:

- a) La era de la especialización manufacturera celebrada por Adam Smith, fundamentada en la especialización del trabajo manual, la maquila doméstica (el *putting out system*, criticado por Marx en el primer volumen de *El capital*) y la construcción de canales¹⁰
- b) La revolución industrial, caracterizada por la mecanización del trabajo fabril, basado en la industria textil del algodón, y el minero, centrado en la explotación del carbón
- c) La era de las máquinas de vapor, el ferrocarril y la expansión colonial europea
- d) La era del acero, la electricidad, la química y la consolidación de las colonias
- e) La producción en masa fordista, el petróleo y el automóvil
- f) La era de las tecnologías de la información y la comunicación

⁹ El 17 de febrero de 2009, Obama convirtió en ley un paquete de estímulos para la economía estadounidense por 787 mil millones de dólares, para emplearlos en infraestructura, energía alternativa, tecnología y apoyo a los deudores hipotecarios, entre otros rubros.

¹⁰ Una referencia esencial para este y los siguientes dos temas es Cole y Postgate (1968).

Cada era se define por una innovación determinante, como la tejedora de Arkwright (1771), el modelo T de Ford (1908), el transistor (1956) o el microprocesador (1971); asimismo, cada época explota un producto específico, como el petróleo en la era del automóvil o el microchip en la de la información. Por último, cada era tiene una economía núcleo: Inglaterra en las primeras cuatro, y Estados Unidos en las últimas dos. Estructuralmente, cada era pasa por un “período de instalación”, que finaliza en un colapso financiero, y una fase de diseminación, cuando se sientan las condiciones para que las nuevas tecnologías sean utilizadas por toda la sociedad y sus beneficios se distribuyan de forma más equitativa. El proceso termina en la fase de madurez y saturación, cuando se agotan las posibilidades del paradigma tecnoeconómico, el progreso tecnológico se detiene, el factor de producción clave empieza a agotarse y el statu quo institucional es cada vez más cuestionado. En este sentido, las crisis y las depresiones se explican en términos de la incompatibilidad entre las instituciones político-sociales y el paradigma tecnoeconómico, y las “edades doradas” son periodos en que ambos aspectos están en armonía (Pérez, 2002).

De esta forma, la edad dorada de 1945 a 1971 se explica por los impactos del “Nuevo Trato” de Franklin D. Roosevelt y la guerra mundial, que derivaron en una redistribución del ingreso y la construcción del sistema de Bretton Woods (mediante el cual el oro y la libra esterlina se sustituyeron por el dólar), que permitió el surgimiento del consumo de masas en los países de la OCDE.¹¹ Desde esta perspectiva, la estanflación de los setenta y ochenta fue el resultado de la madurez de las tecnologías que sustentaron la edad dorada, con la consiguiente caída de la productividad, el encarecimiento de su factor productivo clave (el petróleo) y el descontento laboral en torno al fordismo.

En los noventa se observó una importante reactivación de la economía global, en virtud de un enorme incremento de la inversión en tecnología de la información, amén de la modernización tecnológica de la planta productiva con equipo computarizado, la internet y nuevos modelos organizacionales. En paralelo, en función del alcance global (y el abaratamiento) de las telecomunicaciones y los transportes, alrededor del orbe se dio una gran expansión de la capacidad productiva, especialmente en Asia del Este, que permitió una significativa expansión del consumo en el sudeste asiático, India y China (The World Bank, 1993).

Sin embargo, el desarrollo del actual paradigma tecnoeconómico ocurrió en el marco de las políticas de restricción de la demanda agregada, ya mencionadas, y enfrenta serias limitaciones en cuanto a la saturación de los mercados de bienes

¹¹ A su vez, la Gran Depresión se explica por la contradicción entre las instituciones financieras y regulatorias creadas por la Inglaterra del siglo XIX, y el enorme potencial generado por la conjunción del petróleo y la producción en masa del fordismo estadounidense (Pérez, 2009).

de consumo en los países de la OCDE, por una parte, y la creciente desigualdad de la distribución del ingreso, tanto entre países como dentro de ellos, por la otra. Igual de relevantes son los límites económicos y ambientales impuestos por la sobredependencia de los hidrocarburos. Así pues, argumenta Pérez, es necesario construir un nuevo conjunto de instituciones que permita un desplazamiento de los patrones de demanda (dependientes, obviamente, de la distribución del ingreso), que a su vez redunde en la más amplia difusión del paradigma tecnocómico actual de manera sustentable.

El papel del sector financiero resulta clave para diseminar y ampliar las innovaciones. Cada era se caracteriza por sus propias innovaciones financieras: la sociedad anónima en el siglo XIX, las ventas a plazos en la era del automóvil, las compras electrónicas con tarjeta y los fondos de cobertura hoy en día. En la fase actual del paradigma (de instalación), el capital financiero invirtió miles de millones de dólares en IPO (*initial public offerings*, ofertas accionarias iniciales) de empresas punto com y, después, hipotecarias. Las extraordinarias utilidades generadas posibilitaron importantes incrementos del consumo real (por ejemplo, mediante la emisión masiva de tarjetas de crédito e hipotecas), lo que abonó el camino, típico de esta fase, para promover la desregulación, en el convencimiento de que los mercados son los únicos mecanismos capaces de resolver los problemas del paradigma anterior (Pérez, 2002).

Este proceso llega a un límite, en el sentido de que la “nueva economía”, fundamentada en el más reciente conjunto de relaciones tecnológicas, no es lo suficientemente grande (ni tan generalizada) para satisfacer las crecientes expectativas de ganancia del capital financiero. Para satisfacer esa sed de ganancias, indica Pérez, “el capital financiero se vuelve altamente innovador: su imaginación pasa de las pinturas de los grandes maestros, a los bienes raíces, a financiar a lejanos países, a los esquemas piramidales, a lo que sea” (Pérez, 2002).

En periodos como éste, el riesgo se *securitiza*, generando una montaña de riqueza de papel que oculta las contradicciones entre la nueva economía y las instituciones sociopolíticas. Son etapas de polarización social extrema, de fuertes desigualdades en la distribución del ingreso y la riqueza, de la celebración del dinero por el dinero, y de la consagración del fraude y la corrupción como modos de vida aceptables, si no admirables (Pérez, 2002).

A la vez, la arquitectura financiera y el marco institucional dificultan la inversión en las actividades productivas. La crisis actual es producto del fin de la fase de instalación: el punto donde la burbuja explota. Como se vio páginas atrás, la crisis inmediata es consecuencia de problemas de corto plazo (la débil regulación, la securitización de las hipotecas *subprime*, imprudencia del inversionista, etcétera), pero los problemas estructurales subyacentes son de largo plazo. Si

bien las contradicciones entre la tecnoeconomía y las instituciones inevitablemente derivan en crisis, ninguna teoría puede prever el momento en el que estallarán.

Consideraciones finales

Se dice que la crisis, como punto de inflexión, es problema y oportunidad. En nuestros días, el reto es establecer mecanismos regulatorios globales que puedan canalizar las innovaciones hacia actividades que fomenten un desarrollo económica, social y ambientalmente sustentable. También es menester un nuevo Bretton Woods, cuya operación refleje las necesidades de liquidez de los países de menores ingresos, lo que a su vez implica una nueva arquitectura financiera. Sobre todo, cualesquiera programas de estímulos deben ser coordinados y globales, y se debe facilitar la diseminación global del nuevo paradigma tecnoeconómico para promover la generación de ingreso con base en la actividad productiva, no en el endeudamiento. Una política diseñada para apoyar a los sectores productivos tendría que involucrar una redistribución de recursos en gran escala hacia los países en desarrollo, que les permitiera construir la infraestructura tecnológica de la nueva economía e incrementar sustancialmente los niveles de bienestar de sus poblaciones. Pero, necesariamente, el programa de reactivación económica tendría que involucrar acciones concretas para reducir de forma significativa la dependencia de las economías de los derivados del carbón, tanto por su escasez como por su impacto ambiental; debe privilegiarse el desarrollo económico sobre el crecimiento, respetando los límites señalados por la economía ecológica. Un esfuerzo global para erradicar la pobreza y atacar el problema del calentamiento global sería la mejor manera de superar los límites al crecimiento productivo con sustentabilidad ambiental, y de promover la más amplia diseminación del actual paradigma tecnoeconómico. Los estímulos han de ser keynesianos y schumpeterianos: es esencial estimular la demanda agregada para salir del marasmo de los pasados 30 años, pero también se requiere que esos estímulos le den una aplicación sustentable concreta y real a los extraordinarios avances tecnológicos de nuestros días.

Por último, hay que recordar que esta crisis, como cualquier otra, afecta sobre todo a los más pobres, tal como subrayan Sharma (2008) y Sermeño (2009). Independientemente de todo argumento económico-financiero, no es posible hablar de desarrollo cuando una tercera parte de la humanidad vive en la pobreza. Son necesarias respuestas útiles, efectivas y permanentes, y se espera que este trabajo estimule la búsqueda de al menos algunas de ellas.

Bibliografía

- Ackerman, Josef
 2008 "Lessons from a Crisis", en *The Economist*, Londres, p. 50.
- Beddoes, Zanny Minton
 2008 "Whatever Next", en *The Economist*, Londres, p. 143 <http://www.economist.com/displaystory.cfm?story_id=12494679>.
- Brooks, David
 2008 "10 billones de dólares, los costos económicos de la era Bush", en *La Jornada*, 17 de diciembre, pp.24-25 <<http://www.jornada.unam.mx/2008/12/17/index.php?section=economia&article=024n1eco>>.
- Cassidy, John
 2008 "The Minsky Moment", en *The New Yorker*, 4 de febrero <http://www.newyorker.com/talk/comment/2008/02/04/080204taco_talk_cassidy>.
- Cole, G. D. H. y Raymond Postgate
 1968 *The Common People 1746-1946*, Methuen, Londres.
- Davidson, Paul
 1998 "The Case for Regulating International Capital Flows", ponencia presentada en el Seminario sobre Regulación de Movimientos de Capital, de la Social Market Foundation, Londres, 17 de noviembre.
- Der Spiegel*
 2009 "Weltkonjunktur leibt verschont", en *Der Spiegel*, núm. 2, 5 de enero, pp.48-63.
- Goodwin, Richard M. y Lionello F. Punzo
 1987 *The Dynamics of a Capitalist Economy: A Multisectoral Approach*, Westview Press/Basil Blackwell, Boulder y Oxford.
- Kalecki, Michael
 1965 *Theory of Economic Dynamics: An Essay on Cyclical and Long-Run Changes in Capitalist Economy*, George Allen & Unwin, Londres.
- Keynes, John Maynard
 1936 *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Macmillan, Londres.
- Moggridge, Donald E.
 1976 *Keynes*, Fontana/Collins, Londres.
- Nadal, Alejandro
 2008 "Para entender la crisis: la hipótesis de Minsky", en *La Jornada*, 3 de septiembre <<http://www.jornada.unam.mx/2008/09/03index.php?section=opinion&article=030a1eco>>.
- Pérez, Carlota
 2002 *Technological Revolutions and Financial Capital. The Dynamics of Bubbles and Golden Ages*, Edward Elgar, Cheltenham <<http://www.carlotaperez.org/Articulos/TRFC-TOCeng.htm>>.

- 2009 "Technological Revolutions and Techno-Economic Paradigms", The Other Canon Foundation/Tallinn University of Technology (Working Papers in Technology Governance and Economic Dynamics, núm. 20), Noruega y Tallinn <<http://www.carlotaperez.org/papers/PerezTRsTEPsTUTWP20.pdf>>.
- Robinson, Joan
1971 *Economic Heresies: Some Old-Fashioned Questions in Economic Theory*, Basic Books, Londres.
- Sermeño, Joaquín
2009 "La crisis económica: lecciones de humildad", en *El Sudcaliforniano*, 21 de febrero, La Paz, Baja California Sur <<http://www.oem.com.mx/el-sudcaliforniano/notas/n1056598.htm>>.
- Shackle, George y Lennox Sharman
1967 *The Years of High Theory: Invention and Tradition in Economic Thought 1926-1939*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Sharma, Anita
2008 "The Core Crisis: Standing with the Poor", en *Open Democracy*, 30 de octubre <<http://www.opendemocracy.net/article/the-core-crisis-standing-with-the-poor>>.
- Stiglitz, Joseph E.
2007 "The Economic Consequences of Mr. Bush", en *Vanity Fair*, diciembre <<http://www.vanityfair.com/politics/features/2007/12/bush200712>>.
- The Economist*
2001 "Survey of Globalization", en *The Economist*, 27 de septiembre, Londres.
2008 "When Fortune Frowned. A Special Report on the World Economy", en *The Economist*, 9 de octubre, Londres <<http://www.economist.com/node/12373696>>.
2009a "Supersizing the Fund", en *The Economist*, 5 de febrero, Londres.
2009b "Economic and Financial Indicators", en *The Economist*, 10 de enero, Londres, pp. 24-25.
- The World Bank
1993 *The East Asian Miracle: Economic Growth and Public Policy*, The World Bank, Washington.
2009 "Recession Threatens Developing Economies", en *The San Diego Union Tribune*, 9 de marzo, pp. A1-A8.
- Voice of America*
2008 "Registran alzas acciones en Estados Unidos", 23 de octubre <<http://www.voanews.com/spanish/news/2008-10-23-voa6.html>>.